

Francisca Cabrejas

Por la gatera

—No te darán ninguna guerra, ya verás. Y, además te alegrarán la vida, ¡solo con mirarlos! Además, que solo serán unos pocos días.

Y sin más, plantó la jaula con los dos agapornis en la mesa de la cocina. Así era nuestra amistad, a veces ¡muy impositiva!

Me quedé mirando a esos dos diminutos loros, deslumbrada por su espectacular colorido, que parecían pedirme libertad a gritos con su revoloteo. También creí entender que era la hora de su merienda.

—Sobre todo, asegúrate de no dejar abierta la jaula. Ciérrala con su llavecilla, no deben salir o no podrás volver a encerrarlos; son muy listos— esa fue su única recomendación.

Limpié el pequeñísimo hábitat, llené el diminuto recipiente con agua y rellené el comedero con el preparado que Juan me había dejado. Y así, entretenida con esas tareas, deleitándome con aquel arcoíris de colores, reviví una sensación tan lejana y, sin embargo, ¡tan presente!...

La abuela estaba al cargo. Acababa de dar la merienda a mis hermanas, un enorme bocadillo con mantequilla, la de la leche del ordeño del día anterior, y azúcar moreno. Ya las tenía aleccionadas de a la hora que debían volver: antes de las 8, o tendrían que vérselas con ella; bastante era que se estaba saltando las normas impuestas por mi madre. A mí me dio el horrible vaso de esa leche, tan espesa que me provocaba náuseas, con bizcochos para mojar; y, de paso, un “regaño” por mi negativa a no hacer siquiera ademán de coger el vaso. No me insistió, nada de “tienes que tomarlo”, solo me midió con sus ojitos vivaces calculando lo flaquita que estaba y salió de la gran cocina. En el zaguán, a la fresca, sentada en su mecedora, con la labor de ganchillo sobre el alda, fue cerrando los ojos y terminó por emitir sonidos que a mí me parecieron ronquidos. ¡Ya era libre! Yo quería ir a la calle, no era justo tenerme allí, encerrada con la abuela, el vaso de leche y los dos libros de cuentos que me sabía de memoria por los dibujos.

La puerta Grande estaba cerrada con aquel imposible trancón que se abría con una enorme llave, un poco roñosa de tan vieja; nunca podría moverlo. Comencé a observar las posibilidades de escapar, ¡¡no las había!! A no ser que... Y de pronto recordé que había una gatera, el huequecito en la puerta trasera del patio que daba a las cuadras y al huerto, por el que salían las gallinas cuando la abuela las quería picoteando en el semillero, bajo su vigilancia, claro. ¡Esa puertecita sí que estaba a la altura de mis posibilidades!

Me costó un poco, y varios rozones en los brazos y en las piernas, pero, ahí estaba, en el huerto, libre, por fin. Hacía sol y un poco de calor. Desde el suelo, frente a mí, en la esquina del chamizo donde el abuelo guardaba los aperos, estaba la pareja de golondrinas, en su nido, con sus pequeños. Nunca los había visto tan de cerca, tan al alcance de la mano. Pensé en levantarme e ir a cogerlos, solo para tenerlos, pero no me atreví. Observé cómo se mimaban y se trinaban y no osé entrometerme. ¡Yo la chiquita, la traviesa, la “rompetodo”, no moví un músculo! Luego, no sé cuánto rato después, sentí como la abuela me susurraba, que me apartara un poco, para que no me hiciera daño al abrir el pesado portón de madera que comunicaba los dos mundos.

En mi camino por el pasillo hacia la cocina dejé a la abuela en un rinconcito especial de mi cabeza; al entreabrir la puerta comprobé horrorizada la jaula vacía.

¡Los agapornis se habían escapado, claro! La puerta de la jaula abierta y sus coloridos moradores ¡a saber!

Viví cuatro días de prestado, sin usar la cocina; ni siquiera me atreví a hacer café, para no molestarlos. Entré varias veces para asegurarme de que estaban vivos y dejar a su alcance agua y su comida. Estaban felices, medio piaban, canturreaban, trinaban y yo me sentía la abuela haciéndose la dormida para dejar en paz a los pequeños.